

HORRISONA



LOS SÓSIMOS

Son fabulosos seres no nacidos de mujer,
habitantes de modorra,
subyugados por zutano
y liberados en su vientre.

Los sósimos son racimos
de idilios bemoles en las huacas,
de vientres oníricos en el patio,
de manchas mongólicas en el agua.

Son solitarios cuando andan en caterva,
no se ven de lejos
y mucho menos de cerca.

Son impertérritos
(por imperturbables y pretéritos)
y en el pico llevan
el oréga-no-el olivo.

Son fabulosos seres que no pujan poesía,
discurren con la linfa.

Son albinos con el alba
y chupan melanina, pero en cajas.

Cuentan cuentos con las manos
y en wawawasis se malcrían.

Son caseritos de burdeles
con árboles, con niñas.

Una vez vi a uno

y me advirtieron no ser árbol
porque así como son amigos
también los orinan.

Son fabulosos seres andróginos,
hermanos de afrodita

(por no decir hermafroditas)
que descubrieron abriles en enero,
desde entonces se adueñan de las velas
y las soplan cuando quieren.
Los sósimos son seres autótrofos
e hidrófilos empedernidos
y por lo tanto: meones de árboles y esquinas.
Una vez vi a uno,
pero papá me dijo
que en sus postres comen ojos,
que esas estrellas son fugaces,
que el poeta no pregunta
que se vuelan si los piensan.

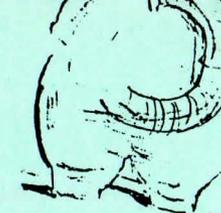
Martín Horna Romero.

Jose
Horna



HORRISONA Y LA PALABRA

Queremos una Literatura hecha por todos y para todos. Una Literatura que asuma el reto de la palabra. Palabra como instrumento de sensibilidad, como espejo y color de la realidad. Nuestra finalidad es expresarnos a través de la palabra, ya que solo con ella lograremos desgarrar nuestra alma en medio de esta sociedad.



¿Dónde estarás mi María Alejandra? Te quiero demasiado como para darme unos segundos para descansar de tus recuerdos... te extraño, de verdad te extraño. No te veo desde aquella tarde gris y miserable cuando maté nuestra amistad al confundirla.

¿Dónde estarás mi Gustavo Adolfo? Te ignore demasiado como para buscarte ahora. Probablemente ya me olvidaste y otra mujer sea dueña de tus pensamientos, de tus frases elaboradas, de tus tonterías y hasta de tu propia vida. ¿Cómo pude cometer la tontería de negarte mi amor?

Aquel día llegué a su casa a la hora convenida. Su vieja me abrió la puerta animadísima. ¡Si quería que avanzara con su hija! Ella salió, altiva, serena, ¡lindísima! ¡Como si hubiera demorado un par de horas en arreglarse para mi visita! Con una confianza abrumadora, parecía presentir que me tenía en su mano, como a un pinino en correa, al que por primera vez se le sacaba de la casa. ¿Por que tan temprano? pensé al escuchar el timbre, cogí lo primero que encontré en mi ropero y me lo puse apuradísima. Salí a saludarlo tranquila, pero en el fondo me cagaba de nervios, le invité a sentarse en el sofá. ¡Me moría por sentarme a su lado! pero ¿que hubiera pensado? Quería que ella se me juntara, pero por intuición seguramente, prefirió colocarse en un sillón frente mío. Su mirada me jodía el valor. Pero “uno, dos, tres...” y solté el rollo: “¿Quieres estar conmigo?...” Su total confusión se le noto al toque. No sabía que contestarle a pesar de que el fondo entendía que era el hombre de mi vida. ¡Cuántas veces la habíamos pasado de maravilla! ¡Cuántas veces mi corazón saltó debido a una mirada suya! Pero no... no podía serle tan fácil, o al menos esa fue la sensación que justificó mi actitud en ese momento, por alguna razón que no comprendo aún, le dije NO. Y su negativa me destruyó todo: el alma, el cuerpo, el mundo.

Los dos se veían tan lindos... quería ver a mi hijita contenta y él parecía ser de lo mejor. Me hubiera gustado verlos juntos: abrazándose, jugando, y ¿por qué no? ¡besándose! El chico era buena gente, siempre atento y educado, se notaba que la quería mucho. ¡Y esa vieja de mierda que se ponía a chismosear como gran pendeja! Mi madre estaba mirándolo todo, seguramente la poca confianza que me tenía la hacía creer que me le regalaría, aunque ¡cuanto quería de su amor! Aun así le dije que no era posible estar juntos, que me gustaba como amigo, que le tenía mucho cariño, pero no el suficiente como para ser pareja. Y sus palabras me destrozaron el bobo, calle insensato, solo atiné a levantarme del sillón, acercarme a ella y decirle unas palabras al oído. ¡Que cruel fue sin duda alguna! Se quedo inmutable ante mi desesperado actuar. Su voz se sentía cálida, su cercanía me limitaba, sus palabras me tocaron el alma. Por un instante me sentí débil, creí no poder soportarlo tan cerca, en cualquier momento me le lanzaría encima y terminaría por comérmelo a besos. ¡Maldita sea esa duda! ¡Esa duda de no saber que hacer! Me dijo que de verdad me quería, que no podría ser mi amigo, que si cruzaba la puerta jamás volvería. Ella permaneció fría, indiferente a mis ruegos.

La verdad nunca supe porque el chico salió corriendo, probablemente no era el hombre adecuado para mi hija, ella es lo suficiente inteligente como para saber que le conviene y que no, además ese tal Ricardo Fernando es lindísimo, de seguro que ese si será el indicado.

DIEGO GRIMALDO

PASAJEROS DE LA NADA

Créame oficial, todo sucedió como le cuento. Nada de lo que relato es mentira. Llegamos ese día en la motocicleta de Marcos a Ciudad Lima a ese de las nueve de la mañana, creo. Ingresamos por la céntrica avenida Wilson a una calle desolada, con edificios raídos y ventanales sucios. Marcos era el que conducía, y la Kity y yo íbamos detrás de él, aparrados a su espalda. No me fijé si alguien nos vio entrar en la ciudad. En realidad nadie lo hizo. Mezquina de gente estaba por completo la ciudad ese domingo. De veras que no había ni un alma caminando por allí. Todas las calles mojadas, mojaditas, seguro que esa noche había llovido como diluvio. La motocicleta no corría sobre la pista, para mí que patinaba, bien sedita que se deslizaba. y la Kity, esa pendeja, con esos ojazos pardos y el viento, el viento que le hacía chapotear ese cabello rojizo sobre las sienes. Habría que haberla visto, calladita iba la muchacha. Créame oficial, si trabajo nos costó acostumbrarnos a la idea de que éramos los únicos piloteando una moto en una ciudad fantasmagórica. No había nada, Lima estaba muerta. ¿Qué había sucedido con la gente?.. Pienso que desaparecieron... ¿Como?, no lo sabía. Lo que puedo contarle es que Marcos, la Kity y quien le habla nos sentíamos con miedo, tal vez un poco acosados...

Marcos, rostro recio, ojos perfectos, nuestro piloto. Luego de manejar un par de horas seguidas entre calles vacías grises feas y maltrechas por todos los ángulos, decidió frenar la motocicleta junto a un descampado. Bien solos, estábamos los tres solos. La Kity lo abrazó al Marcos de puros nervios. Saqué un cigarrillo de la chaqueta y lo prendí. Meditaba mientras lo fumaba~ Veía los edificios que me cubrían, que el cielo me recortaban. Los hoteles cerrados, abandonados a su suerte. Sin pueblo, la ciudad era caos espacio abierto gran demonio que nos observaba con muchísimos ojos.

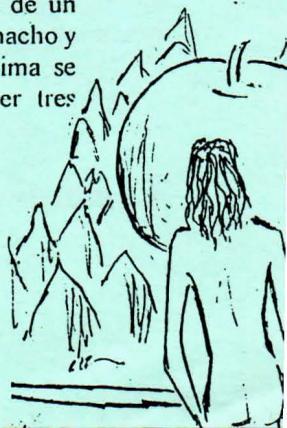
Kity. caminaba al lado de Marcos. llevaba una mochila a la espalda. Un walkman sacó de está y le colocó un cassette de música progresiva. Trataba de calmar su tensión escuchando a YES a PINK FLOYD. Marcos entendió, no era fácil. No había sido nada fácil para nosotros tres viajar desde Barranco para encontrarnos con una Lima aniquilada, inhabitada. Marcos y yo nos miramos, cómplices, sin pronunciar palabras pensamos los tres. Y era la nada y el silencio lo peor, lo que más nos afectaba lo que más nos jodía esa podrida mañana. En un desierto, en eso se había convertido la ciudad. En un gran charco de desolación. Los tres instintivamente lo sabíamos. Silente, sin bulla, sin vida a decenas de kilómetros a la redonda. Lima era siniestra. Se le aseguro agente, debió usted estar allí para vivirlo.

Como sonámbulos por las calles nosotros caminamos un buen trecho, parecíamos esfinges desnudas en galería de cera. Nuestros cuerpos se juntaban. Nuestras espaldas coincidían por momentos, y teníamos el oídos y la mirada alerta. Atentos a cualquier sonido imprevisto y traicionero, a alguna visión o espectro que nos arranque las cabezas. Arriba el cielo se teñía de gris y azul intenso, azul prusia, azul metálico. La muerte les llegó sin anuncio a Marcos y a la Kity. Fue horrendo oficial. Toda la ciudad empezó a temblar, zarandearse con intensidad. Los edificios oscilaban, las ventanas se hacían añicos. En dos se partió el suelo. Crujía en su interior. Marcos abrazó a Kity por la cintura y a mí me pidió que corriera a algún refugio. Gritaba la muchacha, su voz era eco calamitoso. Los abandonados edificios caían sobre nuestras cabezas. El cielo también caía en retazos. Trate de ayudarlos mas fue inútil. La tierra se los tragó a ambos en dos bocados de furia. Yo observaba esa tragedia aterrado, con el corazón coagulado en la palma de la mano.

El sismo duró seis minutos oficial, el epicentro fue Lima, y cuando acabó, toda mi cabellera se había vuelto completamente blanca tan sólo del pánico que tuve que vivir. Ver a mis compañeros morir frente a mí, en condiciones oscuras y sin un buen argumento que lo explique. ¿Por qué tembló la ciudad agente?... No me lo he podido responder... Pero esa mañana camine mucho, duro camine, como un condenado, hasta que pude dar con la motocicleta que estaba junto al descampado.

Después de manejar buenas horas oficial, entre edificios derrumbados y cristales rotos regados en las pistas, puede llegar a las periferias de Lima. En esa zona me los encontré, con los patrulleros y las barricadas que bloqueaban el volante de una motocicleta saliendo de la Gran Ciudad. Ahora me interrogan y me piden que les diga que hacía un hombre viejo, de cabellos canos, con la ropa estropeada y solo, en una ciudad abandonada y desbastada por las últimas catástrofes de la semana. y yo no me canso de contarles mi historia, la historia de un hombre joven, copiloto en una motocicleta que manejaba un muchacho y su chica, en una fatal mañana de domingo, un día en que Lima se estremeció y colapsó, como si esta no hubiera querido tener tres huéspedes a los cuales ya odiaba de antemano.

Por Raúl Solís



MUCHACHA

Una muchacha que conserva sus alas
Y sus ojos de niña.

Una muchacha que lanza improperios
Al asfalto solitario.

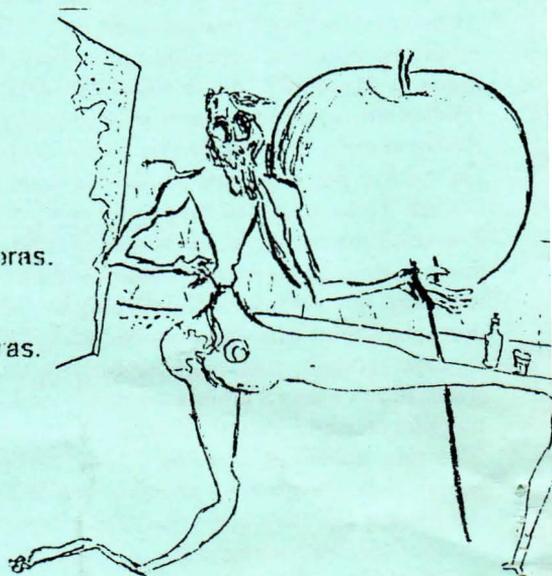
Se asombra de su caminata.
A cada paso no encuentra nada.
La ciudad se vuelve rala,
Los fantasmas ciudadanos
Exhalan laconismo.

La muchacha sujeta su abrigo.
La sorpresa quiere sujetarle las caderas.
La ciudad está delgada y vacía,
Las edificaciones enormes
Siguen provocando heridas y cegueras.

Nadie asoma por las ventanas,
Nadie deja ver su cabeza rapada.
Los fantasmas ciudadanos
Están ocupados combatiendo
Con los vampiros chupa dólar.

La muchacha se desliza solitaria.
La ciudad no le cobija.
No le toma importancia.
Ella sabe que es vulnerable.
Camina por las autopistas,
Los taxis de carreras saltan por encima de su ceguera.

Mira la ciudad sin desden,
Ella sabe que es un titere,
Que hay alguien que la maneja.
Sabe que los fantasmas ciudadanos
Eternamente blasfeman.



Nadie
deja
ver
su
cabeza
rapada

DAVID JIMENEZ